

PISO 13 A MEDIO TOCADISCOS

Algriseo

Image not found.

Capítulo 1

PISO 13 A MEDIO TOCADISCOS

¡Como tocas las cuerdas de mi alma!

Podía ver las *flores nocturnas* en la calle desde el balcón, su balcón en el piso trece. Podía acariciar la luna delgada que parecía una estrella manchada en un fresco no finalizado de Dalí. Tenía él una manzana mordisqueada en la mano, una manzana que solo tenía la parte feliz intacta. Escupía las semillas hacía el vacío de la ciudad inundada de luz artificial y ruido, si, podía sentir como volaban por el aire, tal cual las notas producidas por una guitarra. Podía escuchar el ruido de las flores de la quinta avenida, mas allá del edificio y de las sombras que proyectaban los árboles, despedidas fantasmagóricamente por las luces de los automóviles de vapor.

El viento soplaba a su favor, silbaba al traspasar por la holgura que quedaba entre la puerta corrediza que separaba las cuatro paredes atrincheradas en el edificio, y el balcón tan lleno de libertad y aire contaminado, aire carbonatado de ciudad y aire de mundo podrido. Él, Juancho, entró hacía la cocina suscitado por el humo de cigarrillo que fumaba Martín, su amigo de siempre. Mientras recorría su lúgubre apartamento lo inundaban tres ruidos distintos y acompasados. El primero, lo producían los berridos de Susy mientras la consolaba su amiga Mariana, la pobre no paraba de llorar de su infortunada suerte, sí, sufría de la vida y por su triste vida. El segundo ruido, lo producía el llanto de Bobby, el hijo de Susy, que sufría igual que su madre, abandonado y envuelto en un manto de color rojo en un coche azulado decorado con estrellas que no eran estrellas. El tercer ruido, lo producía la armonía de un viejo tocadiscos, tan viejo, que la aguja solo alcanzaba a reproducir medio disco a la vez, sonaba la *séptima de Beethoven*, y por la condición del gramófono, solo podían escucharse el *Poco sostenuto* y el *Presto*. El primer ruido le preocupaba profundamente a Mariana, consoladora de la llorona sin parangón. El segundo le preocupaba al viento y a Susy, madre soltera de Bobby. El tercero le agradaba especialmente a Juancho; tanto, que tarareaba a Beethoven mientras recorría los anaqueles de la cocina buscando encantado whisky o vino, le sorprendió encontrar un hidromiel abandonado y empolvado; siempre le parecieron buenas las señales de lo inesperado, pues había aprendido a ser supersticioso, como su amor por Mariana: existía hace mucho, sin aún existir.

El apartamento de Juancho se había convertido en el bar rojo del grupo de cuatro, conocidos todos desde siete años atrás en aquel Woodstock improvisado en el parque del obelisco. Allí llegaban todos los fines de semana por razones variadas, y Juancho había aprendido a identificar los cambios de humor y textura de sus amigos a lo largo del

tiempo, así como identificaba el cambio en la intensidad de la luz blanca de su apartamento mientras el tocadiscos cambiaba a lo largo de *las estaciones* de Vivaldi. No era un ambiente especialmente sobrecogedor, pero todos se sentían placidos al escuchar la música en el tocadiscos aunque fuera tan siquiera de a medios discos. Juancho aún no entendía el porqué del llanto de Susy, lo que no sabía es que de todos cuatro: la pobre no había tenido una vida nada sencilla, hacía ya dos años que había tenido a Bobby, y el padre de su hijo había salido corriendo hacia Europa después de que le prometió el cielo y la tierra, eran momentos tan difíciles que ni siquiera *Make you feel my love* le consolaba su desgastado corazón, tanto así, que sentía amarga la guitarra de *Bob Dylan* con la que muchas noches había soñado. Martín nunca la había dejado sola, él sentía un profundo amor por Susy, y ella lo sabía, aunque no tuviera más tiempo para preocuparse por sanar su corazón y cuidar de Bobby, lo amaba, sí, en lo profundo de su corazón.

Juancho no se quedaba atrás. Se volvió hacia la vitrina de caoba y cristal, buscando copas y chocolates, siempre los guardaba pues sabía que Mariana nada amaba más que los dulces de cacao... *"estoy buscando una palabra"*... los encontró envueltos en papel aluminio sobre la cuarta repisa del mueble alto... *"en el umbral de tus misterios"*..., regreso con ellos al sofá mientras susurraba con gritos mudos... *"quien fuera Ali Baba, quien fuera el mítico Simbad"*... la canción del tocadiscos... *"quien fuera un poderoso sortilegio"*... mientras el humo cundía, cantaban... *"quien fuera encantador"*..., sí, y al final... *"corazón, corazón oscuro"*... todos en coro... *"corazón, corazón con muros"*..., y Bobby llorando, Juancho riendo... *"corazón que se esconde, corazón que está dónde"*... y también a la par de la canción, su corazón en fuga herido de dudas de amor... *"corazón en fuga herido de dudas de amor"*.

La noche se alargó en una curiosa velada de cuatro amigos y un pequeño niño, mientras la luna descendía buscando alivio, la música brotaba de la aguja sin reparo, y como siempre, se turnaban en la elección de la media canción que se ponía en el medio tocadiscos. No faltó la ópera, el blues, el jazz ni la música flamenca. Sonaba fluidamente el *Trojan Roots Reggae Box Set* de una carga emocional fatídica para el agrandado sentimiento de las lágrimas de Susy, que lloraba largo y tendido. Juancho no soportaba ver semejante bullicio, aún no entendía el quebrado corazón de su amiga. Entró nuevamente en la cocina con la disculpa de ir a buscar más Whisky, y esta vez seguido de Mariana y un par de canciones del mítico *Led Zeppelin*.

¿Por qué Susy está llorando tanto? Y el pobre Bobby. La muy atestada está preocupada por su futuro, no encuentra consuelo y ni yo ni Martín podemos hacer más. Qué me dices Mariana, qué será de la pobre. Me dice que quiere viajar a Buenos Aires, luego que no, que se va para Santiago, y ¡Bobby!, el pobre Bobby. No me cabe en la cabeza como un hombre es capaz de hacerle a una mujer, lo que el europeo estirado le

hizo a Susy, y tu Marianita, qué piensas. Yo, nada, ya sabes lo que me cuesta la vida, y ¡ojalá!, por tu viejo tocadiscos. Ojalá qué. Quiero irme, irme a la Habana. Vámonos. Te irías con migo. Y eso que sabes, que no soy de aquí ni soy de allá, pero te regalaría mi vida, y mis ojos para que contemplaras mi alma por lo que resta de vida. No te molestaría que te mirara toda la vida. Por qué tendría que molestarme, si no hay nada que desee más. ¡Me encanta esta canción!, deberías cambiar el tocadiscos. No puedo... me trae recuerdos de aquella noche hace dos años, lo recuerdas. Hace dos años, ¡hummm! ¿Café, filarmónica y libros?, como olvidar tu rostro atontado. Creo que siempre se me nota, ¿no?, qué crees. Se te nota qué. Está claro, mi amor con chocolates por ti. Si sigues hablando así, terminaré enamorada de ti. Y qué si así es, el mundo ya se echó a perder, lo mejor desde mi punto de vista es disfrutar los momentos simples y gratos que nos quedan. Y crees que juntos viviríamos dichosos. No me gusta planificar el futuro, pero ya te lo he dicho: viviría feliz toda mi vida, si tan siquiera me dejaras vivir lo que me queda, confundido entre tu largo cabello.

El aire se volvió denso, la atmosfera se llenó de un sopor acogedor y dulce, los alientos de Juancho y Mariana estaban tan cercanos que parecían uno solo, se dieron su primer y no último beso con sabor a chocolate. No se sabía si ellos estaban sumergidos en la noche, o la noche estaba sumergida en ellos. Sus pálpitos sonaban como dos máquinas, acompasados con la música del medio tocadiscos, llevados por los ensueños de viejos momentos que jamás vuelven, como la ronda infantil del Reloj de Jerusalén, como el mismo Reloj de Jerusalén. Pero al otro lado de la cocina, sonó un estruendo ensordecedor, como un viento de la muerte que acecha los cuerpos rotos, más allá de la música y todo lo que es vida. Martín no la pudo detener antes de su ataque de locura, desdicha sombra que irrumpió la rara hermosa velada. Susy corrió con estrepito hacía el balcón, decidida a acabar con su vida. La *Marcha Fúnebre* de Beethoven llenaba el espacio del piso trece. Dos enamorados profundamente aún se besaban en la cocina, encantados bajo el sonido de la dulce música. El tiempo se consumía lentamente, se dilataba como las sabanas al moverse conjuntamente con los pies mientras se consume el acto del amor y sus sobras. Susy volaba por el espacio de doce pisos, desde el balcón hasta el pavimento y los autos, hasta las flores nocturnas de primavera en agosto. La luna estaba roja de pena fría y lúgubre. Y Bobby, el pobrecito Bobby, se quedaría huérfano. Si huérfano. Y a medio tocadiscos.